



Vergüenzas del olvido

Jaime Augusto Shelley

CUENTA ALGÚN CRONISTA (ya no recuerdo cuál) que los indígenas, mientras veían a los españoles recién llegados construir —al grito de: *¡Estas tierras son mías!*— cercas y murallas para delimitar sus propiedades, prorumpían en sonoras carcajadas, y comentaban entre ellos: *¡Estos señores están locos! Nadie es dueño de la tierra o del agua o del aire, cómo vas a creer...* Era (es) algo inverosímil. Ello atentaba contra todas sus creencias, sus usos y costumbres que habían hecho posible su civilización por los siglos de los siglos.

Las tierras comunales fueron gradualmente devoradas por la codicia, a veces con violencia, otras por la mera absorción de los nuevos centros de población criolla y mestiza que cooptaban, con sus características capitalistas incipientes, a las comunidades que dejaban de ser netamente rurales para hibridarse de manera peculiar (según la zona) y formar subculturas.

Hasta los años cincuenta del siglo xx, el país seguía siendo en su mayor parte, aunque de manera silenciosa, una organización social y económica basada en la agricultura y de naturaleza estructurada en una ideología comunista, o si se prefiere, comunitaria.

Aunque la mayoría de la población era de espíritu y hábitos que buscan, ante todo, el bien general sobre el individual, se trataba del comportamiento de los sometidos, los jodidos, los no existentes a los ojos de la sociedad criolla, los criados, peones, obreros, sin voz ni voto. Corrompidos los líderes, la manipulación individualizada, con apoyo de la Iglesia, las

escuelas (cuya meta, ha sido, por siglos, la *desindianización*), los medios de divulgación, prensa y más tarde, radio y televisión, el apartamiento entre una región y otra, lenguas diversas, etc., han terminado por hacer del sujeto mexicano alguien carente de identidad, de principios y a punto de perder, incluso, su dudosa nacionalidad. No hay futuro, no hay camino, no hay esperanza. Lo que cuenta está decidido de antemano por los monopolios y las corporaciones transnacionales: la explotación feroz de los miserables, decenas de millones, dispuestos a todo, con tal de sobrevivir, sin importar cómo. Si hacemos de lado los tres grandes movimientos sociales que signan nuestra historia, se han dado también numerosos alzamientos, sublevaciones, guerrillas, de carácter local y sin definición política. Siempre ha faltado una estructura sólida con cuadros formados, críticos e inteligentes.

En una revista bimensual aparecida en los años ochenta, llamada *El buscón*, se puede leer el fragmento de unas *Memorias* escritas por un señor llamado Manabendra Nath Roy, de la India, personaje que llega a México, en 1917, buscando apoyo para el movimiento anticolonial hindú.

Roy contacta al secretario de Relaciones Exteriores y éste a su vez lo pone en contacto con el presidente Carranza. En las sucesivas reuniones que se dan entre los dos, se establece un vínculo por demás curioso. Lo describe así el autor: “Mi relación con Carranza fue una experiencia interesante: la diferencia de edades y de posición entre ambos impedían de antemano toda relación social, pero se desarrolló una confianza mutua aun sin el cultivo de la intimidad personal”.

Por quién sabe qué medios Roy convence a Carranza, quien (afirma Roy) lo ha tomado como asesor, para que lo deje organizar el Partido Socialista. Dice el autor que el presidente era “intensamente antinorteamericano, pero era un aristócrata colonial español y, como tal, no podía tener la menor simpatía por la revolución social”. Se dice, también, que apostaba por el triunfo alemán durante el conflicto europeo y que, al ganar los Aliados (Francia, Inglaterra y los Estados



Fotografías: Alejandro Arteaga

Unidos) su situación con los vecinos del norte se vio seriamente comprometida debido al asunto petrolero. En algún momento, se le pide al nuevo partido, es decir a Roy, nombrado su secretario general, que sugiera el nombre del nuevo ministro del Trabajo y, de entre sus filas, aparece el nombre de un oscuro maestro —también general revolucionario— para ocupar el puesto. Se trata de un miembro de su Comité Central, ni más ni menos que Plutarco Elías Calles, al que nuestro autor tilda de “oportunista”.

Se ha permitido la fundación del Partido con el acuerdo claro de que no intervendrá con acciones políticas que hagan peligrar al régimen de Carranza. En otras palabras, se trata de un organismo de membrete, que cohesione a los anarcosindicalistas que andan por ahí, desperdigados y sin control. Y todos contentos.



Cuenta el autor que, ante la amenaza de los sindicatos petroleros de lanzarse a la huelga, previa consulta con él, Carranza acepta enviar, con poderes *de emergencia*, a su flamante secretario del Trabajo a tratar de destrabar el conflicto. Roy lo acompaña. Calles lleva la instrucción de “ladrar pero no morder”.

En el camino, el tren en el que viajaban se detiene en Orizaba, a la sazón centro de la industria textil, propiedad de capitalistas franceses y donde había alrededor de 12,000 trabajadores en huelga. Roy acude a las oficinas de los dirigentes sindicales. Allí se le informa que, enterados de la presencia del secretario del Trabajo, una delegación de huelguistas había ido a verlo a la estación.

Regresé apresuradamente —cuenta Roy— para encontrar el Vagón Ministerial rodeado de una multitud que vociferaba consignas; al momento apareció el ministro a la puerta y empezó a pronunciar un inflamado discurso en el cual, entre otras cosas, informó al delirante público que había mandado llamar a un representante de los

patrones para hacerles saber lo que el gobierno se proponía hacer en defensa de los trabajadores.

Pocos minutos después el perro guardián de los trabajadores se enfrentaba ferozmente a dos hombres bien vestidos en el interior del vagón. Estos últimos parecían tan furiosos como atemorizados. La entrevista fue breve y no tuvo nada de suave. Parado majestuosamente frente a sus visitantes, con un pie sobre una silla, el ministro, que era además general, ladró que “el gobierno de los Estados Unidos Mexicanos no permitirá más la explotación de los trabajadores mexicanos por el capital extranjero” y les ordenó resolver el problema a satisfacción de los obreros. Los representantes de los patrones protestaron que las exigencias eran injustas y exorbitantes y que preferirían cerrar las fábricas. La réplica ministerial ya amenazaba morder: “En tal caso, el gobierno se hará cargo de las fábricas y las pondrá en funcionamiento”. Luego despidió a los visitantes con un gesto imperial. Durante la entrevista, el general había sacado su pistola de la funda, poniéndola sobre la mesa. El arma tenía cachas de madreperla. Yo salí a hablar con las posibles víctimas en la plataforma de la estación, fue fácil convencerlos de que hicieran concesiones, en presencia de ellos comuniqué a la delegación obrera que los patrones habían aceptado provisionalmente sus demandas y que, por lo tanto, debían levantar la huelga al día siguiente. El Partido Socialista conduciría las negociaciones para el arreglo final de la disputa. El público aplaudió la victoria y los delegados patronales me dieron la mano, aliviados.

Calles estaba encantado con su actuación; había asustado terriblemente a los tipos, permitiéndome llegar a un acuerdo con ellos [...]. En el primer mitin público celebrado después de nuestra llegada a Tampico, Calles narró la historia de lo ocurrido en Orizaba, que deleitó al público y lo puso contento. Todavía no se había declarado ninguna huelga. En una reunión apresuradamente convocada de dirigentes de los trabajadores locales, yo señalé el peligro que entrañaba cualquier acción precipitada. Mi consejo de obrar con cautela los convenció porque en realidad no tenían grandes quejas puesto que tenían salarios más altos que todo el resto del país. Les dije que no debían crear problemas al representante del proletariado en el poder: su llegada era apenas el principio y no debíamos ponerlo en peligro. Ese


punto los impresionó. El perro guardián no tuvo ocasión de hacer nada más que ladrar. El régimen de Carranza había sobrevivido a una crisis seria y el Partido Socialista ganó prestigio y cierta fama de prudencia.

Unos meses después, aparece en la ciudad de México un sujeto misterioso, un tal Borodin, llegado de Moscú en circunstancias aparentemente accidentales. Se establece una relación estrecha entre este sujeto y Roy. La admiración desbordada de millones de seres en el mundo por la flamante Revolución de Octubre ha creado un halo de apasionada adhesión emocional, y en México no puede ser menos. Los del círculo íntimo de Roy, unos socialistas norteamericanos, caen postrados a sus pies, viéndolo como un gran héroe. Sus noticias sobre la situación en Rusia, en particular la formación

de la Tercera Internacional, llamada Comunista y ya no Socialista, en seguimiento de la vieja propuesta de Marx que buscaba la diferenciación entre las dos corrientes, entusiasmo a los mexicanos y se promueve la modificación del Partido. Así, a unos meses de la creación del Socialista y con el acuerdo tácito de Carranza y sus colaboradores, se le cambia por el de Partido Comunista Mexicano, el primero en el mundo, después del ruso, con vínculos semioficiales por la vía de Borodin, con Moscú.

¿Alguien recuerda aquello de la “inexistencia histórica del Partido Comunista Mexicano” que escribiera José Revueltas en su *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*?

¿Quién en México hace verdadera historia?

Qué lejos estamos de saber, en realidad, quiénes somos, de dónde venimos. 

Correo del lector

Señor director:

En el número anterior de *Casa del Tiempo*, el artículo sobre Nellie Campobello sugiere que: “Sus huesos se encontraron enterrados en el jardín de su casa. Cuando la policía llegó ella tenía tres años de enterrada” (p. 43). Una versión curiosa de los hechos, pues sus huesos fueron hallados más tarde y más lejos. Campobello falleció el 9 de julio de 1986. Eduardo Galicia Quijano y Liborio Hernández de la Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal dieron con su tumba en Progreso de Obregón, Hidalgo, en diciembre de 1998, 12 años después de su muerte. Lo anterior según el libro de César Delgado Martínez *Nellie Campobello. Crónica de un secuestro* (México, Escenología, 2007). El autor formó parte de la comisión “¿Dónde está Nellie?”, cuyas acciones permitieron finalmente descubrir el desenlace de esta gran narradora y sus restos.

Cordialmente,
GONZALO SOLTERO

Nos interesa mucho su opinión sobre *Casa del tiempo*.

Envíenos un mensaje, cantado o escrito, a:

editoruamct@gmail.com / editor@correo.uam.mx